

## **TU TREMBLES, CARCASSE... JORGE SEMPRÚN Y LA VIVENCIA DE LA TORTURA**

**Rita Rodríguez Varela**  
*Universitat de València*  
rita.rodriguez@uv.es

*RESUMEN: Jorge Semprún es una de las figuras clave del siglo XX, no solo por su protagonismo en los diferentes sucesos históricos de la época, sino también por el gran legado artístico y testimonial que dejó con su extensa obra. Si bien existen gran cantidad de estudios concernientes a su experiencia en el exilio, en los campos de concentración nazi o en la lucha contra el franquismo, este artículo tiene como objetivo abordar un aspecto menos conocido: la experiencia de la tortura. A través de su última obra, *Exercices de survie* (2012), se estudiarán elementos clave como la diferencia entre el saber abstracto y la vivencia, la revuelta e independización del cuerpo y la importancia de la fraternidad, gran fuente de fortaleza.*

*PALABRAS CLAVE: escrituras del yo, estudios del trauma, nazismo, testimonio, tortura.*

## **TU TREMBLES, CARCASSE... JORGE SEMPRÚN AND THE EXPERIENCE OF TORTURE**

*ABSTRACT: Jorge Semprún is one of the key figures of the 20th century, not only for his protagonism in the different historical events of the time, but also for the great artistic and testimonial legacy that he left with his extensive work. Although there are many studies concerning his experience in exile, in Nazis concentration camps or in the fight against Franco, this article aims to address a less well-known aspect: the experience of torture. Through his latest work, *Exercices de survie* (2012), key elements will be studied such as the difference between abstract knowledge and experience, the revolt and independence of the body and the importance of fraternity, a great source of strength.*

*KEYWORDS: Self writings, Trauma Studies, nazism, testimony, torture.*



## **TU TREMBLES, CARCASSE... JORGE SEMPRUN ET L'EXPÉRIENCE DE LA TORTURE**

*RÉSUMÉ : Jorge Semprun est l'une des figures clés du XXe siècle, non seulement à cause de son rôle dans les différents événements historiques de l'époque, mais aussi pour le grand héritage artistique et testimonial qu'il a laissé avec sa vaste œuvre. Bien qu'il existe de nombreuses études concernant son expérience de l'exil, des camps de concentration nazis ou de sa lutte contre le franquisme, cet article vise à aborder un aspect moins connu : l'expérience de la torture. À travers son dernier ouvrage, Exercices de survie (2012), on explorera des éléments clés comme la différence entre le savoir abstrait et l'expérience, la révolte et l'indépendance du corps et l'importance de la fraternité, grand source de force.*

*MOTS CLÉS : écriture du moi, Trauma Studies, nazisme, témoignage, torture.*

Recibido: 23/05/2021. Aceptado: 09/12/2021

Hablar de Jorge Semprún supone hablar de la guerra civil, del exilio, de la experiencia en los campos de concentración, de la clandestinidad, de la lucha contra la dictadura franquista, es decir, supone hablar de los hechos históricos que tuvieron lugar en el siglo XX. Se trata de un autor que considera que la vida, por ella misma, no es un valor supremo ni tampoco es sagrada. Solo puede convertirse en sagrada en la medida en que garantice la libertad, la dignidad del ser humano y la autonomía, pues son valores superiores a la vida misma y, por ello, la trascienden. Esta concepción vital lo lleva a abrazar la noción de “historicidad” desarrollada por Louis Landsberg (1937) y a determinar que el hombre debe comprometerse y luchar para garantizar esas condiciones que confieran a la vida y, por ende, al ser humano, su trascendencia. Semprún, siguiendo a Landsberg, desea romper con la eterna oposición entre pensamiento y acción, y ese deseo lo empuja a luchar contra el nazismo en la Resistencia, a poner en juego su vida cuando durante la deportación en Buchenwald o a convertirse en agente clandestino una vez liberado del campo de concentración para terminar con el franquismo. Tras la práctica y un periodo de silencio necesario para poder sobrevivir a la vivencia y al trauma, Semprún comienza a escribir movido, por un lado, por el deseo de entender y, por otro, de hacer entender a los demás y de evitar la repetición de lo sucedido, es decir, de trascender.

Entre todos los aspectos desarrollados a lo largo de su extensa obra, este artículo pretende profundizar en una de las múltiples manifestaciones del Mal Radical<sup>1</sup>: la tortura. Con tan solo diecinueve años, Jorge Semprún se unió al grupo Jean-Marie Action, el cual formaba parte de la organización Main d'Oeuvre Immigrée (MOI), bajo el pseudónimo de Gérard Sorel. La misión de este aparente jardinero, era recoger las armas que lanzaban por las noches en paracaídas. Detenido por la Gestapo el 8 de octubre de 1943, en su obra *Exercices de survie* (2012), reflexiona sobre la tortura que vive durante meses en la Maison d'Arrêt de Auxerre. Cabe señalar que, como advierte el editor de la presente edición, estamos ante un libro inacabado. La novela se divide en dos partes: en la primera, sin título, Semprún se centra en el tema de la tortura y, en la segunda, titulada *Retour au Lutetia*, tiene lugar una rememoración de algunos recuerdos de Buchenwald. En una entrevista con Franck Apprederis para el documental *Empreintes* (2010), Semprún explica que concebía el libro, en primer lugar, como una verdadera novela, es decir, “en fin une histoire où tout serait vrai parce que j’aurais tout inventé, sauf l’histoire du XXe siècle en arrière-plan” (Semprún, 2012: 15) y, en segundo lugar, como una reflexión que retoma aquellos temas autobiográficos desarrollados en sus libros precedentes. El proyecto del autor comprendía la escritura de hasta cuatro volúmenes pero, a causa de una enfermedad, su proyecto quedó inconcluso. Parece que estaba en lo cierto cuando señalaba que llevar a cabo la escritura de todo lo sucedido era una empresa inabarcable, pues su amplitud y su alcance son infinitos: “decirlo todo es imposible. No bastaría una vida. Todos los relatos posibles no serán nunca sino fragmentos desperdigados de un relato infinito, literalmente interminable” (Semprún, 1999: 113).

Con el objetivo de profundizar y comprender la experiencia de la tortura relatada por Jorge Semprún, el presente artículo analizará la diferencia entre el saber abstracto, incapaz de adelantar al cuerpo el conocimiento del dolor, y la vivencia; la autonomía y proceso de independencia que sufre el cuerpo durante la tortura y la toma de conciencia del mismo; finalmente, se abordará el tema de la fraternidad, causa única que justifica la resistencia a la tortura.

---

1. La teoría del Mal Radical aparece por primera vez en los ensayos *Sobre el mal radical en la naturaleza humana* (1792) y *La religión dentro de los límites de la razón* (1793) del filósofo Immanuel Kant. El filósofo sitúa sus orígenes en la naturaleza humana, ligado a la corrupción de la voluntad. Jorge Semprún se valdrá de este concepto para profundizar sobre la esencia de la experiencia concentracionaria y determinar que el Mal Radical tiene el mismo origen que el Bien Radical, por lo tanto, ambos son frutos de la elección libre del hombre. Esto supone que entender y transmitir lo sucedido es esencial para evitar su repetición.

El bar del hotel Lutetia, situado en el número 45 del Boulevard Raspail de París, es el punto de partida de esta revisión y reflexión sobre una de las muchas vivencias que experimentó a lo largo de su vida. La novela comienza *in media res*, fiel al estilo característico del autor, con un Semprún mayor que decide volver a este bar que, a principios de la década de 1940, fue sede de la Gestapo y, posteriormente, centro de acogida para los refugiados que volvían a Francia tras la Segunda Guerra Mundial. El autor vuelve movido por el deseo “d’être éprouver mon existence, de le mettre à l’épreuve” (Semprún, 2012: 22, así como por el deseo de recordar y de reflexionar sobre una experiencia que hasta ahora no había sido capaz de tratar todavía: la tortura. En este nuevo desafío memorialístico, siguiendo el estilo habitual de los testimonios semprunianos, el lector encuentra no solo la rememoración de diferentes episodios de su vida, sino también una reflexión meditada, una exposición filosófica que busca darle un sentido y examinar todos los aspectos que se desprenden de sus vivencias. Entre ellos, destaca en estos llamados ejercicios de supervivencia la reflexión sobre la diferencia entre el saber abstracto y la vivencia, en relación con la imposibilidad de adelantar su experimentación total de una forma meramente intelectual.

En primer lugar, Semprún nos habla del saber abstracto, proporcionado gracias al personaje de Tancrede, miembro igualmente de la Resistencia, el cual ya había experimentado y sobrevivido a las torturas de la Gestapo. Tancrede aparece en el libro como una figura casi paterna: posee el saber, la autoridad y su forma de relacionarse con los otros combatientes está envuelta en esa frialdad y esa dureza casi tiernas del que busca proteger y preparar a sus compañeros del peligro. Por medio de sus diferentes charlas, consideradas muy instructivas, le proporciona el saber abstracto a través de una descripción detallada de los diferentes sufrimientos que podía depararle la tortura, “un discours pédagogique, qui recensait de façon exhaustive les méthodes habituelles de la Gestapo” (Semprún, 2012: 34). Le habla del uso de las porras, de la falta de sueño, de comida y de agua, de la utilización de la bañera o de la electricidad, entre otras técnicas. Como indica Vilches Agüera (2016), era corriente que la Gestapo utilizara métodos de tortura que iban desde prácticas que no dejan marcas visibles en el cuerpo, tal sería el caso de la negación de agua o alimento, la exposición a temperaturas extremas o fuertes ruidos, hasta métodos que dejaban secuelas psíquicas y físicas como las perforaciones o el ahogamiento repetidos en bañeras con agua putrefacta. Entre los distintos métodos, el autor hace especial hincapié en el pavor que sentía ante la posibilidad del ahogamiento, pues desde su infancia le envolvía la angustia en situaciones en las que le faltaba el aire. De hecho, se observa cómo esto deja una huella traumática que no lo abandona. Además del

Semprún torturado, encontramos en este testimonio a un Semprún ya convertido en traductor de la UNESCO que, a pesar de la distancia que los separa, no puede evitar mirar la bañera visible desde su despacho, por su calidad de antiguo hotel, y sentir un escalofrío que lo devuelve a la experiencia de la tortura: “je ne pouvais pas regarder cette baignoire insolite, vestige ambigu d’un passé de souffrance et de luxe –de luxure aussi, probablement–, sans me souvenir de Tancrede et de sa méticuleuse énumération de tortures prévisibles” (Semprún, 2012: 59). Cabe aquí señalar que una de las señales de la dificultad de narrar la herida traumática, es la escritura que va y vuelve continuamente en el tiempo, ya convertida en la huella dactilar de Semprún. No existe una progresión cronológica, sino que el autor traslada al lector continuamente desde el hotel Lutetia del pasado al del presente, desde las conversaciones abstractas y teóricas con Tancrede hasta el dolor concreto de la tortura, desde el cuerpo dissociado e independiente que sufría con la Gestapo hasta aquel descansado y libre que ejerce como ministro de cultura en el gobierno español. El autor nos sumerge de este modo en su memoria del trauma, llena de flash-backs, de recuerdos que imposibilitan una progresión temporal. En esta línea, Thies (1997) indica que es esa técnica la que nos permite entrever la delicada concepción que posee Semprún del acto creador. La pérdida de control sobre la vida y sobre el cuerpo es compensada y dominada gracias al control del texto. Siguiendo con la exposición que le proporciona Tancrede, Semprún señala que, por muy terrorífica que pueda parecer, se trata de un conocimiento puramente abstracto, desprovisto de una consistencia real. El conocimiento que adquiere su cerebro no es capaz de anticipar el dolor para el cuerpo, pues forma parte “de l’idéalisme objectif” (Semprún, 2012: 35). Es durante la tortura, en la experimentación del sufrimiento, que el cuerpo llega a un saber real y concreto. El cuerpo, relata el autor, se convierte en un experto, en un sabio capaz de distinguir cada instrumento de tortura utilizado:

J’appris très vite à distinguer la réalité matérielle des différentes sortes de matraque. La douleur qu’elles provoquaient était, en effet, bien différenciée, singulière. C’est à l’aune de chaque douleur que je pouvais établir, sans hésiter, à quel genre j’avais affaire (Semprún, 2012: 35-36).

En esta línea Castellote (2017) señala que Semprún aborda uno de los grandes problemas de la filosofía: la imposibilidad de adelantar la sensación del dolor. La diferencia irrecuperable entre el saber abstracto e intelectual, representado por las largas conversaciones con Tancrede, y la vivencia, experimentada posteriormente

por el cuerpo durante la tortura. Lo cierto es que esa imposibilidad de adelantar el conocimiento y de comprender una experiencia sin su vivencia personal, ha sido una de las grandes preocupaciones que vertebran la obra sempruniana. Si en este caso se encuentra desprovisto de las herramientas y de la capacidad de entender y sentir verdaderamente, lo mismo le ocurrirá a la hora de sentarse ante una hoja en blanco y reflexionar sobre cómo transmitir, cómo expresar la sustancia de un suceso caracterizado por ser la sistematización y expresión del Mal Radical. Esta búsqueda realizada por el autor, concluirá con la necesidad del artificio, herramienta capaz de arrojar claridad y de provocar la emoción indispensable para el ser humano. A través de este recurso lo incommunicable se vuelve comprensible. En este sentido, Pla (2010) observa que es en la literatura donde encuentra Semprún un canal de comunicación, gracias a su “extrema capacidad de no poder terminar nunca de decir” (2010: 139), caracterizada por poseer un “carácter interminable, inagotable” (2010: 139). Por este motivo, la fría información ofrecida por Tancredi se queda en una simple enumeración de métodos de tortura abstractos, incapaces de adelantar o transmitir el dolor. En el caso del testimonio sempruniano, se observa una diferencia entre las referencias a la información proporcionada por su compañero en la Resistencia, calificada de discurso pedagógico y las referencias posteriores a la tortura, las cuales están tratadas estilísticamente. Se encuentra toda una semántica de la tortura a través de la descripción minuciosa de la especificidad del dolor producido por cada material, así como su grado de intensidad y duración: la porra de madera aparece caracterizada por un dolor seco que, sin embargo, es poco persistente, es volátil; en cuanto a la porra de caucho, se distingue por un tipo de dolor calificado de sordo y, a pesar de tener un impacto soportable en un primer momento, es más duradero. A través de esta descripción *in crescendo* y del testimonio expuesto, el lector es capaz de acercarse a la esencia y a la densidad de la vivencia. En esta novela, Semprún nos aporta una reflexión sobre el estado vacío en el que se encuentra el lenguaje antes de la experiencia. El escritor, por su calidad de artista, tiene un privilegio en su actividad de transmisión en comparación con los recursos con los que contaba Tancredi, pues puede valerse de los recursos estilísticos para llenar a sus palabras de una carga emotiva que facilite la comprensión. El receptor de su mensaje no solo escucha sino que experimenta, siente y vive lo narrado.

Por otro lado, esa exposición a tantas intensidades diferentes de dolor, harán que el ser torturado entre en una nueva relación con su cuerpo. Antes de la tortura, Semprún no poseía una conciencia concreta del mismo era una simple prolongación de los deseos y de las órdenes que dictaba su pensamiento. Es en la experiencia de la tortura que el cuerpo se revela, se vuelve autónomo y se opone

a su yo, a causa de “la faim, les coups, le froid, la mort imminente, la douleur infrangible, disloquent l’image du corps” (Benestroff, 2010: 40). El sujeto llega a una disociación, a un alejamiento entre el ser y su cuerpo, produciéndose un desdoblamiento entre el Semprún físico y el psíquico. En este nuevo escenario, el cuerpo comienza a existir para sí mismo, contra el autor, convertido ahora en el Otro enemigo:

La negatividad del dolor adquiere su forma culminante en el hecho de enajenar al sufriente de su propio cuerpo por la vía de generar, en virtud de su esencial adversidad, la falsa percepción de que no es el cuerpo el que padece, sino el que hace sufrir, por lo que debe haber un objeto del daño –el yo– que es el verdadero sujeto del dolor y con respecto al cual el cuerpo del sufriente se comporta como un verdugo (Marrades, 2005: 30).

En la práctica de la tortura, existe una relación entre el verdugo, el cual infringe dolor y somete, y la víctima, la cual padece el dolor y el sometimiento. Sin embargo, en el momento en que se produce una aceptación del dolor mediante el rechazo a hablar y a delatar a los compañeros, el yo se convierte en verdugo de su propio cuerpo y, a su vez, el cuerpo es el verdugo del yo que intenta desintegrar su moralidad. La dialéctica del amo y el esclavo que actuaba entre el verdugo y el torturado se da ahora entre el sujeto psíquico y el físico. Por ello, en esta novela, el lector asiste a un diálogo entre el autor y su cuerpo. Semprún representa ese deseo consciente de aceptar la tortura para proteger la vida de los compañeros y su cuerpo, al contrario, es ese nuevo ser autónomo que lucha contra el dolor y se resiste a continuar actuando “como una fuerza disgregadora de su yo” (Marrades, 2005: 30). Esa carcasa jadeante, según la denominación del propio autor, que tiembla y sufre, adquiere una nueva categoría llegando a ser personificada. Ahora es capaz de mutilar, de cuestionar e incluso de odiar, por lo que habrá que intentar llegar a un acuerdo con ella o someterla:

Mon corps s’affirmait dans une insurrection viscérale qui prétendait me nier en tant qu’être moral. Il me demandait de capituler devant la torture, il l’exigeait. Pour sortir vainqueur de cet affrontement avec mon corps, il me fallait l’asservir, le maîtriser, l’abandonnant aux affres de la douleur et de l’humiliation (Semprún, 1994: 148).

A este respecto, Sánchez Zapatero observa que, al afirmar que su ser se encarnaba en el dolor y que su cuerpo llegaba a la finitud absoluta, el autor marca “una distancia entre su ser y su materialidad física” (2019: 227). Esta

fractura proseguirá con diferentes síntomas, pues si durante la experiencia de la tortura siente su cuerpo por primera vez al desprenderse del mismo, en los campos de concentración, se afirmará un ser sin rostro: “depuis deux ans, je vivais sans visage” (Semprún, 1994: 13). Por otro lado, mientras la psique queda marcada eternamente por el recuerdo y el dolor del trauma; el cuerpo es capaz de recuperarse y olvidar fácilmente: “quelques jours de liberté, de nourriture plus consistante, de sommeil à volonté, et le voici ravigoté, arrogant, royalement oublieux des paniques toutes récentes” (Semprún, 1994: 149).

Cabe ahora indagar sobre la legitimación del sometimiento corporal. Obligar al propio cuerpo a resistir a un sufrimiento tan intenso como este es algo inhumano si no se le otorga un sentido de trascendencia y este viene determinado por la intención consciente del resistente de continuar una historia común, de luchar por la fraternidad. Es el sentimiento de fraternidad el que lo justifica, pues “la continuité historique de l’espèce, dans ce qu’elle recèle d’humanité possible, sur le mode de la fraternité: ni plus ni moins” (Semprún, 2012: 37). En este sentido, indica Canal (2013) que Semprún quiere hacer patente que no se trata únicamente de una vivencia solitaria, sino que es también un fenómeno colectivo, puesto que la decisión firme de guardar silencio comporta mantener la vida de los compañeros. Resistir al dolor es una muestra radical de la fraternidad: “l’expérience de la torture n’est pas seulement, peut-être même pas principalement, celle de la souffrance, de la solitude abominable de la souffrance. C’est aussi, surtout sans doute, celle de la fraternité” (Semprún, 2012). Las razones que justifican la aceptación de que el cuerpo siga soportando ese sufrimiento extremo sin sucumbir ni poner fin al dolor, es otro de los temas fundamentales que se desarrollan en esta última obra sempruniana. Para desarrollar este aspecto, el autor muestra una gran incompreensión ante la postura defendida por Jean Améry. En primer lugar, es interesante señalar que ambos autores experimentaron tanto la tortura como la deportación a un campo de concentración y coinciden en esa necesidad de guardar silencio que les imposibilita escribir inmediatamente después de su liberación. Hasta 1963, Jorge Semprún no consigue romper su silencio con su primera obra *Le long voyage* y, tres años después, en 1966, aparece la primera obra de Jean Améry, *Par-delà le crime et le châtiment*. Lo cierto es que estos dos antiguos deportados concuerdan en que la experiencia de la tortura es la experiencia del cuerpo, sin embargo, discrepan en la manera de entender el significado y el valor de la misma. La escritura de Semprún tiene, por un lado, un componente personal, individual, en tanto que es una purgación y una elaboración de la herida traumática pero, por otro, tiene también un componente comunitario, en tanto que el primer impulso que



obliga al autor a escribir es la necesidad de hacer entender. Semprún escribe buscando expresar la esencia de lo que supusieron los campos de concentración, las prácticas de tortura llevadas a cabo por la Gestapo, el franquismo, en suma, las diversas manifestaciones del Mal Radical que tuvieron lugar a lo largo del siglo XX. Se trata de hacer entender para evitar la repetición. En cambio, en el caso de Jean Améry, nos encontramos con un testimonio que no parece querer liberarse del trauma dándole un sentido, pues no cree en esa posibilidad, sino que “escribe para evocar, para denunciar, para condenar” (Gonzalo, 2008: 9). Este autor, a diferencia de Semprún, rechaza cualquier posibilidad de curación porque entiende que aquel que ha experimentado la tortura ha dejado de ser un sujeto completo y se ha convertido en “una víctima que quiere llevar hasta el límite su condición de víctima adolorida y humillada” (Gonzalo, 2008: 9). La experiencia de la tortura le niega al sujeto la posibilidad de volver a sentirse “chez soi dans le monde. L’outrage de l’anéantissement est indélébile” (Améry en Semprún, 2012: 63). Desde el primer golpe recibido se pierde la facultad de confiar en el mundo y en el hombre. Encontramos por tanto una concepción totalmente adversa a la sempruniana, para quien la víctima real es el verdugo. El deportado español pone el acento en el hecho de que la tortura produce no solo una deshumanización corporal, sino también moral y esta última es irreversible para el verdugo. El verdugo a través del acto de la tortura se niega a sí mismo un lugar posible en el mundo mientras que la víctima logra trascender esa situación gracias al sentido que le otorga su lucha al sufrimiento, “la victime arc-boutée sur son silence voit se multiplier ses liens au monde, voit s’enraciner, se ramifier, proliférer, les raisons de son être-chez-soi dans le monde” (Semprún, 2012: 64). Ese silencio fraternal que guarda el torturado es el que preserva su humanidad. En este sentido, Wardi (1987) se refiere a la perversión dialógica que se produce entre el verdugo, poseedor de la palabra, y la víctima, poseedor del silencio “où le détenu est le maître du sens de la vie et du langage de vérité” (Wardi, 1987: 75). La fortaleza de callar gracias a un impulso fraternal es la cualidad humana que se opone directamente al Mal Radical, es la elección de luchar por algo más elevado que el propio ser. No en vano es la cita de André Malraux “je cherche la région cruciale de l’âme où le Mal absolu s’oppose à la fraternité” la que escoge Semprún para encabezar su obra *L’écriture ou la vie* (1994), pues esa región crucial se encontraba en diferentes muestras de solidaridad y compañerismo de los deportados. Como señala Viktor Frankl (1979) la libertad humana, la capacidad de elección es posible incluso en lugares tan brutales y extremos como los campos de concentración, en los que algunos prisioneros se acercaban para compartir su último mendrugo de pan. El último pedazo de pan

es frecuentemente utilizado por los supervivientes como una metáfora para hablar de la fraternidad, de esa compartición de la muerte en vida que experimentaban. El propio Semprún en referencia a Maurice Halbwachs, antiguo profesor que murió entre sus brazos, señala “nous partageons cette mort qui s’avançait, obscurcissant leurs yeux, comme un morceau de pain: signe de fraternité. Comme on partage la vie qui vous reste” (Semprún, 1994: 31). Así pues, el hombre es capaz de conservar su independencia y su libertad espiritual incluso en situaciones límite, oponiéndose al Mal Radical pues “la liberté humaine, la liberté de l’homme est une liberté capable du Bien et du Mal. Du bien, parce que nous avons connu des vagues de solidarité, d’abnégation extraordinaires” (Semprún, 1995: 24). En este sentido, Viktor Frankl recuerda la famosa frase de Dostoyevski “sólo temo una cosa: no ser digno de mis sufrimientos” (Frankl, 1979: 91). Es a través de la actitud con la que el hombre decide enfrentar el sufrimiento que conlleva su destino que se vuelve digno y dota a su vida de profundidad y densidad: “en esa decisión personal reside la posibilidad de atesorar o despreciar la dignidad moral que cualquier situación difícil ofrece al hombre para su enriquecimiento interior. Y ello determina si es o no merecedor de sus sufrimientos” (Frankl, 1979: 92). Por lo tanto, es en este sentido que Semprún afirma que aquel que experimenta y resiste a la tortura no es únicamente un ser-por-la-muerte como lo concibe Améry, sino un ser-con, un sujeto abierto al mundo, a la vida, en la medida en que se proyecta hacia los otros, “un être-avec, dont la mort individuelle, éventuelle, probable, nourrit la vie” (Semprún, 2012: 55-56). En *Exercices de survie* (2012), el autor parece mantener una especie de conversación con Améry, para darle pruebas, para hacerle percibir la experiencia desde otro prisma. Así, rememora cómo durante su época en la Resistencia nunca fue arrestado gracias al silencio que habían mantenido sus camaradas detenidos y torturados. Con esa acción, el ser torturado preserva la libertad del otro:

L’expérience de la torture n’est donc pas un *Erlebnis* égotiste ou narcissique, quelle que soit la dose d’individualité, de singularité, qu’elle comporte forcément. Quelle que soit même la part de l’incommunicable, touchant la honte ou la fierté intime. C’est une expérience de solidarité autant que de solitude. Une expérience de fraternité, il n’y a pas de mot plus approprié (Semprún, 2012: 56).

A causa de esa experiencia solidaria, otros pudieron seguir luchando y avanzando contra el Mal Radical. De hecho, en Buchenwald, Semprún se reencuentra con un antiguo jefe de la resistencia antifascista, el cual lo trata sobria pero sinceramente como un héroe y reconoce que gracias a su silencio,

ninguno fue detenido. Si la experiencia de la tortura da muestra de los depravados niveles de infamia y de la crueldad a los que puede llegar el hombre en su papel de verdugo, da muestra también de su capacidad de resistencia ante el dolor y de conservación de la dignidad. En esa línea, observa Feierstein (2012) que el verdugo busca que la víctima renuncie a su propia identidad obligándolo a traicionar a los demás y a sí mismo al desvelar información cuyas consecuencias son el abandono de las propias creencias o el daño a los seres queridos. Desde sus orígenes, uno de los fines principales de esta práctica es eliminar la estructura identitaria del sujeto provocando un fuerte sentimiento de desconfianza hacia él mismo y hacia los demás. No obstante, uno de los objetivos principales de Semprún con este testimonio es poner de manifiesto que el ser humano es capaz de resistir con firmeza y reafirmar su identidad incluso en situaciones marcadas por el dolor y la depravación. En la novela encontramos el ejemplo de Jean Moulin, quien fue detenido por la Gestapo y torturado a manos de Barbie, uno de los agentes más temidos por sus altos niveles de crueldad. Incapaz de sonsacarle ningún tipo de información, para identificarlo tuvo que buscar otros medios. En el momento en que le enseña un papel con su nombre escrito, el detenido, al borde de sus fuerzas, extiende el brazo para suprimir una letra *s* que había puesto de más en su apellido: “je ne connais pas de geste plus sublime, plus significatif de la capacité de l’homme à affirmer son humanité en se surpassant. En surpassant sa propre finitude, sa misérable condition humaine” (Semprún, 2012: 55). Se trata aquí de una demostración radical de la capacidad del ser humano de trascender su condición de víctima y de enfrentarse a los intentos de deshumanización, al afirmar con un último esfuerzo su propia identidad.

Como se ha observado, esta última obra del autor es no solo un testimonio indispensable de un suceso real de nuestra historia, sino también un canto y un homenaje a la fraternidad, a esa delicada red de silencio que se tejía entre los detenidos, protegiéndose unos a otros y dándose mutua fortaleza. En palabras del autor “la fraternité n’est pas seulement une donnée du réel. Elle est aussi, surtout peut-être, un besoin de l’âme : un continent à découvrir, à inventer. Une fiction pertinente et chaleureuse” (1994: 337). La hermandad de los supervivientes aparece elevada a algo más que una simple actitud o acción humana, se trata de una necesidad indispensable del ser. Asimismo, en esta reflexión sobre la tortura, al igual que ocurría con la experiencia de los campos de concentración, Semprún busca llegar a la esencia, a la densidad que subyace bajo la primera impresión de horror y espanto: la libertad radical de elección inherente al ser humano. En este sentido, Vargas Llosa (2014) indica en el prólogo a la edición española, que el ser torturado, convertido en

un guiñapo, en un simple despojo, derrota al verdugo y lo supera al no ceder ante los golpes, pues está trascendiendo la levedad del ser. Es justamente en esa aceptación de la muerte, victoria silenciosa, que la civilización se impone a la experiencia del Mal Radical y encuentra la región crucial del alma que buscaba André Malraux.

### Referencias bibliográficas

- AMÉRY, J. ([1966] 1995). *Par-delà le crime et le châtement*. Arles, Actes Sud.
- BENESTROFF, C. (2010). “L’écriture ou la vie, une écriture résiliente”. *Littérature, Écrire l’histoire*, 159, 39-52.
- CANAL, J. (2013). “Dos testigos: Jorge Semprún y la tortura”. *Letras libres*, 136, 30-31.
- CASTELLOTE LILLO, J. (2017). “Reseña de Jorge Semprún, Ejercicios de Supervivencia”. *La Torre del Virrey, Revista de Estudios Culturales*, 1(21), 1-3.
- DEBRAY, R. (2012). “Semprun en spirale”, en *Exercices de survie*. Paris, Gallimard, 9-14.
- FEIERSTEIN, D. (2012). *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*. El Salvador, Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- FRANKL, V. (1979). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, Herder.
- GONZALO SÁNCHEZ, G. (2008). “Tiempos de memoria, tiempos de víctimas”. *Análisis político*, 63, 3-21.
- LANDSBERG, P. (1937). “Réflexions sur l’engagement personnel”. *eEsprit. Revue Internationale*, 62, 179-187.
- MARRADES, J. (2005). “La vida robada. Sobre la dialéctica de dolor y poder en la tortura”. *Pasajes*, 17, 28-39.
- PLA, X. (2010). “Jorge Semprún, la densidad transparente y la verdad literaria”. En *Jorge Semprún o las espirales de la memoria*. Kassel, Reichenberger.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, J. (2019). “Memoria y deshumanización en la narrativa concentracionaria de Jorge Semprún”. *Hispania Nova*, 1 extraordinario, 216-233.
- SEMPRÚN, J. (1994). *L’écriture ou la vie*. Paris, Gallimard.
- SEMPRÚN, J. y WIESEL, E. (1999). *Se taire est impossible*. Paris, Mille et une nuits.
- SEMPRÚN, J. (2012). *Exercices de survie*. Paris, Gallimard.
- SEMPRÚN, J. (2014). *Ejercicios de supervivencia*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Madrid, Tusquets.

- THIES, S. (1997). “La autobiografía ficticia en Miguel de Unamuno, Carmen Martín Gaité y Jorge Semprún por Liliana Soto Fernández”. *Reseñas Iberoamericanas. Literatura, sociedad, historia*, 4(2), 75-77.
- VILCHES AGÜERA, S. (2016). *Breve Historia de la Gestapo*. Madrid, Nowtilus.
- WARDI, C. (1987). “Un procédé de falsification de l’histoire: la mise en scène du dialogue entre le bourreau et la victime”. *Dappim: Research in Literature, L’écriture littéraire et cinématographique de l’histoire*, 2, 74-96.